propio motivo; aunque esté todo sanísimo, y sin sospecha de rabia, señalan tales, ò tales cabezas, que dicen están dañadas; sóplanlas, y bendícenlas: reciben su gratificacion; y como despues el dueño ve que aquellos animales no murieron, cree que debe la vida de ellos à la virtud del Saludador; el qual no hizo otra cosa que levantarles que rabiaban. Pero quando los llaman para algun animal que manifiestamente está tocado de la rabia, despues que inutilmente hacen sus habilidades, dicen que ya llegaron tarde, por estár el veneno apoderado del corazon; que si hubieran sido llamados un dia antes, infaliblemente le hubieran curado.

21 El doctísimo Gaspar de los Reyes en su *Campo Elysio* (a), cuenta lo que unos amigos suyos, que estaban en la Carcel, le refirieron, yendo à visitarlos, de un Saludador que estaba en la misma prision. Este instaba con importunos ruegos al Carcelero, sobre que le dexase salir un dia de fiesta à saludar, y bendecir à la gente que concurria, ofreciendo partir con él el dinero que habia de sacar. Los amigos de Reyes le hicieron varias preguntas, y objeciones sobre la virtud de que se jactaba. Al fin le apretaron tanto, que no teniendo que responder, francamente les dixo: *Señores mios, Vmds. dicen la verdad; pero como yo no tengo otro oficio de que vivir, me meti à este por induccion, y consejo de un amigo mio, que se sustentaba con el mismo embuste, y me hallo lindamente; porque con soplar los dias de fiesta gano lo que he menester para holgar, comer, y beber toda la semana.*

22 El Doctor Don Francisco Ribera en la relacion del exâmen del Saludador, que de orden de la Justicia hizo en Tornabacas, nos da la misma idea de esta gente. Este confesó que se habia metido à Saludador, solo porque su padre, y abuelo habian exercido este ministerio; añadiendo que no habia conocido en sí seña alguna de tener tal gracia; y del contexto de la declaracion

(a) *Quest.* 24.

cion se colige que no habian tenido mas gracia que él su padre, y su abuelo. Preguntado sobre la rueda de Santa Catalina, confesó que no la tenia; pero que su padre decia que la tenia en una parte secreta del cuerpo, aunque nunca se la habia visto; y que de su abuelo habia oído decir à su padre la tenia debaxo de la lengua. Esta variedad no significa otra cosa, sino que à proporcion que los sucesos se van acercando à la experiencia, se va deshaciendo, ò minorando la mentira. El padre decia al hijo, que el abuelo tenia la rueda debaxo de la lengua, porque estaba muerto, y no habia de ir à averiguar la patraña à la sepultura. De sí decia que la tenia en una parte secreta del cuerpo, por no mostrarla con pretexto de la decencia: escusa que no podia servirle si dixese que estaba en la boca. En fin, el hijo, como veía que en el estrecho en que estaba puesto se habia de averiguar la verdad, en qualquiera parte del cuerpo que dixese tenia estampada la rueda, abiertamente confesaba que en ninguna la tenia.

23 El mismo Doctor Ribera, con ocasion del exâmen que citamos, refiere un chiste sazonado de otro Saludador. Blasonando éste en presencia de alguna gente, no solo de la virtud curativa, mas tambien del extraordinario conocimiento que tenia en todo lo que pertenecia al mal de rabia, sucedió que atravesó un perro algo abultado de vientre por delante de él. Al instante que le vió dixo à los circunstantes: Aquella perra está preñada, parirá siete cachorros, y los cinco rabiarán. Uno de los que estaban presentes, que conocia muy bien el perro porque era suyo, le dixo: No es perra, sino perro. Nada se turbó por eso el buen Saludador; antes con serenidad repuso: Si es perro, en verdad que va bien harto. Podria alegar otros muchos casos en confirmacion de mi intento.

§. VI.

24 RESta desatar dos argumentos por la parte contraria, que son los que mantienen al vulgo, y aun à muchos que no son vulgo, en la opinion comun en or-

orden à la virtud curativa de los Saludadores. El primero se toma de la oposicion que muchos tienen de los señores Obispos, y Santo Tribunal de la Inquisicion. Respondo, que esta aprobacion solo es respectiva à exîmirlos del crimen de supersticion, que es lo que toca derechamente à aquellos Jueces; y sobre este punto recae el exâmen. Si tienen virtud curativa, ò no, lo dexan à que la experiencia lo diga, y nuestra prudencia nos desengañe. Asi como el Santo Tribunal no se meterá con uno que diga que es Médico, y exerza la Medicina, sin haberla estudiado; tampoco con uno que sin tener virtud para curar alguna determinada enfermedad, diga que la tiene. La razon de todo es, porque no es de su obligacion exterminar à todos los embusteros, sí solo à los supersticiosos, ò delinqüentes en otra especie de pecado, que los constituya sospechosos en la Fe.

25 El segundo argumento se funda en la vulgar prueba que los Saludadores hacen de su virtud, pisando con pies desnudos una barra de hierro ardiendo, y apagar con la lengua una ascua encendida. Respondo, que si esto prueba algo, prueba que los Saludadores curan por pacto con el demonio: porque, ò su resistencia al fuego es solicitada con algunos naturales defensivos, ò no. Si lo primero, nada prueba; pues otro qualquiera hombre, usando de los mismos defensivos, resistirá, como ellos, el fuego. Si lo segundo, solo resta que resistan el fuego, ò por virtud divina, ò por virtud diabólica. Lo primero no es creible, porque como advierte el Padre Tomás Sanchez, y con él otros Teólogos, no hay necesidad alguna de que Dios haga este milagro con los Saludadores, y Dios no hace milagros sin necesidad. Aquellos siervos suyos, à quienes dió gracia curativa de las enfermedades, no andaban haciendo freqüentes pruebas milagrosas de que poseían esa virtud. La prueba era el efecto mismo de la virtud. ¿Para qué ha de estár haciendo milagros à cada paso à arbitrio de los Saludadores, porque les creamos que son tales? Resulta, pues, que si gozan algun privilegio con

contra la actividad del fuego, les viene de pacto, ò implícito, ò expreso con el demonio.

26 Estáles, pues, bien à los mismos Saludadores el que no los creamos, ò el que creamos que son unos meros embusteros, que con artificio simulan la indemnidad del fuego que no gozan; pues entre los dos males de embuste, ò pacto con el demonio, harto mas cuenta les tiene que los juzguemos delinqüentes en aquel, que en este.

27 En conseqüencia de la doctrina expresada del Padre Tomás Sanchez, digo, que si se halláre algun Saludador, el qual se entráre en un horno ardiendo rigurosamente, y despues de estár en él un rato, saliere sin lesion alguna, ò estando bien encendido le apagáre de un soplo, se debe creer sin duda que interviene pacto diabólico, porque ningun remedio, ò preservativo natural alcanza à tanto. Pero esto entiendo, que aunque muchos lo cuentan, nadie lo vió. Bien es verdad que, aun quando llegase el caso, deberá exâminarse con mucha sagacidad la experiencia: pues podria intervenir en ella algun engañoso juego de manos. Pongo por exemplo: Podria tener el horno algun agujero, ò por el suelo, ò por los costados, por donde al punto de entrar en él el Saludador, ò quando sopla la llama se introduxese por operacion de otro, que estuviese de concierto con él, agua fria en bastante cantidad para apagar el fuego, y templar el ardor. Pueden discurrirse muchos modos de executar esto con tanto disimulo, que ninguno de los concurrentes perciba el artificio, si no es muy sagáz. Puede tambien el Saludador llevar muchos pequeños botijones, ò vegigas llenas de agua debaxo del vestido, prevenidas de tal modo, que se rompan, ò desaten al tiempo de entrar en el horno, y bastará esta invencion para librarle, si el fuego no es mucho. Acaso habrá otros juegos de manos para este efecto mucho mas sutiles: pues si à mí me ocurren los dichos, solo con pensar de paso en la materia, es de creer que los que ponen un continuo estudio en engañar el mundo con estas demostraciones, hayan adelantado mucho mas.

Si

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

28 Si es verdadero un caso que refiere el Padre Delrio, citando à Vairo, se colige que hay algun preservativo que defiende del fuego por muy breve espacio al Saludador que entra en el horno. Dice que habiendo entrado unô, otro hombre cerró la puerta del horno, y abriendole algun tiempo despues le hallaron quemado. Aquel infelíz parece se habia metido en el fuego, debaxo de la esperanza de salir muy presto de él, y confiado en alguna untura que hubiese experimentado eficáz para su defensa por un brevísimo tiempo: lo que se le frustró por la cruel temeridad del asistente. Sea lo que se fuere de este caso, ù de otros que se cuentan, vuelvo à decir, que en qualquiera experiencia en que el Saludador resistiere el fuego mas de lo que permiten todas las fuerzas de la naturaleza, se debe hacer juicio de que interviene pacto con el demonio. Pero yo le hago de que nadie hasta ahora vió hacer sino las pruebas ordinarias de pisar la barra, y apagar la ascua con la lengua.

29 El pisar la barra del modo que yo, siendo muchacho, lo vi hacer à un Saludador, es cosa facilísima. Con guarnecer las plantas de los pies con qualquiera pasta medianamente gruesa, pueden defenderse del fuego aquel breve tiempo que pisan la barra. Mucho mas, si la pasta fuere de algunos ingredientes de especial virtud para resistir, ò apagar el fuego; y mucho mas aún si se añade el que tengan las plantas muy callosas, como es natural que lo procuren, y facil que lo logren (*a*).

Que

(*a*) El P. *Regnault* en el tom. 2. de sus *Coloquios Físicos*, coloq. 6 dice que los que toman por oficio manejar el fuego, y tenerle en la boca, usan algunas veces de una mezcla de partes iguales de espíritu de azufre, sal ammoniaco, esencia de romero, y zumo de cebolla. Refiere tambien en una nota, puesta al pie de la página, que Richarson, Chimista Inglés, tenia mucho tiempo en la mano un hierro encendido, y sobre la lengua una ascua, permitiendo se la soplasen con unos fuelles.

2 El Diccionario *de Trevoux V. Feu*, despues de decir que en París los años pasados se vieron algunos Charlatanes que comian el fuego, le pisaban, y lavaban las manos con plomo derretido, añade, que

30 Que usan de alguna pasta, me lo persuaden dos experiencias que oí à testigos de vista. La primera fue de un amigo mio, nada preocupado de la opinion del vulgo, el qual en ocasion de ofrecerse un Saludador à pisar la barra ardiendo, le apostó dos reales de à ocho à que no lo hacia, como le permitiese lavarle antes las plantas de los pies à su gusto. De hecho el Saludador retrocedió, negandose à la prueba con frívolas escusas: con que ninguno de los que estaban presentes dudó de que trahía algun defensivo en las plantas. La

que el mas famoso fue el Inglés Richarson, de quien acabamos de hablar; y que su secreto consistia en un puro espíritu de azufre, con que se fregaban bien las partes que habian de resistir al fuego; porque este espíritu cauteriza de modo la piel, que la dexa insensible à las violencias de aquel elemento.

3 Pero *Dionysio Dodart*, Médico Parisiense, que vió hacer sus habilidades à Richarson, en una Carta impresa en el tom. 10. de la Historia de la Academia Real de las Ciencias de Du-Hamel, pretende que sin secreto alguno, por mera habituacion, junta con algunas advertencias precautorias, dictadas ya por la experiencia, ya por la razon, podia hacer todo lo que hacia: en comprobacion de lo qual trahe varias cosas. Lo mas fuerte son varios exemplos de obreros que usan del fuego en sus oficios, como Herreros, Cocineros, Vidrieros, Plomeros, entre quienes se han visto, y ven muchos que hacian tanto, y mas que Richarson. Es cosa, dice, muy ordinaria en los Cocineros sacar con la mano un pedazo de carne de la olla hirviendo, y un huevo de la agua en que se cuece. Los que trabajan en plomo sacan à veces del hondo del vaso donde está el metal fundido, una moneda que echan en él los que gustan de verles hacer esta prueba. Añade, que esto se vió muchas veces en los Jardines de Versalles, y de Chantilli. Los Fundidores de caracteres de Imprenta tocan libremente el metal fundido, como esté bien líquido, lo que no se atreven à hacer quando empieza à fixarse. Los Oficiales de las Herrerias hacen à veces ostentacion de tomar en la mano un pedazo de hierro fundido. Dice el mismo *Dodart*, que una persona de calidad le aseguró haber visto en Polonia un Herrero pisar à pies desnudos una barra de hierro de una à otra punta. Otros experimentos semejantes refiere; y lo que filosofa sobre ello es, que la habituacion al manejo del fuego pone el cutis calloso, y deseca los nervios hasta el punto de dexarlos insensibles.

31 La segunda experiencia no es menos eficáz para probar el asunto. Informándome yo con la mayor exâctitud sobre la prueba de pasar la barra encendida, que hizo un Saludador forastero pocos años ha en un Lugar de Villaviciosa, distante siete leguas de esta Ciudad de Oviedo, para deducir de sus circunstancias qué juicio se debia hacer, me dixeron algunos de los que se hallaron presentes, que al tiempo de poner los pies en la barra, se sentia bastante estridor, y levantaba mucho humo, el qual se experimentaba extraordinariamente hediondo. De aqui colegí firmemente dos cosas. La primera, que el fuego verdaderamente exercia su actividad en el cuerpo que tocaba inmediatamente, de que son indicios manifiestos el estridor, y el humo, los quales resultan de la accion de quemarse alguna cosa, especialmente si es humeda. Colegí lo segundo, que lo que se quemaba no era la carne, ò callos del Saludador: pues estos no habian de levantar mucho humo, ni el humo sería de hediondéz extraordinaria, sino alguna pasta sobreañadida.

32 En uno de los tomos de la República de las letras leí no se qué composicion de masa de muy especial eficacia para apagar prontamente el fuego, en la qual tengo especie entraba un ingrediente muy fétido: No me acuerdo qual era, ni en qual de los tomos hallé esta noticia; y no es razon repasar ahora cinqüenta y cinco libros para especificarla. Puede ser que aquel Saludador supiese este mismo secreto, y otros sepan otro, ò acaso este mismo.

33 En quanto à apagar con la lengua la brasa, no tengo por muy dificil salvar la apariencia. Teniendo la boca bien húmeda, acercando la lengua à la brasa, en ademán de lamerla, pero sin tocarla efectivamente, y arrojando el aliento ácia la brasa siempre que se hace el ademán de tocarla, me parece que el copioso, y denso vapor que sale de la boca, la humedecerá de modo, que à breve rato se apague. Donde se debe notar tambien, que la respiracion arrojada ácia la brasa, impele à la parte opuesta la actividad del fuego, de modo que no ofende la lengua, aunque se acerque mucho à él. Qualquiera podrá experimentar, que quando se están soplando unas ascuas, por la parte donde se impele el ayre se puede acercar mas la mano que cesando el soplo. Sin embargo, he oido decir, que tal vez de esta accion de lamer la brasa sacan los Saludadores sus ampollas en la lengua.

§. VII.

34 YO no pretendo que todo lo que llevo dicho se reciba como una sentencia definitiva, dada en juicio contradictorio; sí solo que sirva de precaucion para no creer à los Saludadores de ligero, y para que se hagan los experimentos de su ostentada virtud con rigor, de modo que no haya lugar à alguna falacia. Posible es que entre millares haya alguno que tenga gracia *gratis data* curativa de la rabia, ù otra enfermedad; pero esto no se ha creer à menos que lo acrediten los efectos de la curacion, y la vida exemplar del sugeto. Asimismo es posible que alguno cure por pacto con el demonio; pero tampoco se ha de creer esto de alguno en particular, sin motivos concluyentes. Puede formarse este juicio por el motivo que hemos expresado arriba, del que hiciere rigurosamente, y sin falacia la prueba del fuego; y tambien del que con sus deprecaciones matáre algun hombre deplorado por la rabia: porque esta es accion moralmente pecaminosa, la qual por consiguiente no puede venir de gracia *gratis data*.

35 Aqui me pareció advertir tambien, que es posible, que tal qual Saludador, à vueltas de sus deprecaciones, y soplos aplique algun remedio natural à la llaga, de los quales se hallan algunos en los libros de Medicina que tratan de la hydrophobia.

36 Advierto últimamente, que no hay cosa mas ridícula, ni mas vana, que atribuir, como atribuye el vulgo, virtud curativa de la rabia, ù de los lamparones, à los que nacen despues de otros seis hermanos varones, sin in-

terrumpirse esta serie de generaciones con alguna hembra. En este Principado conocí dos de estos, y conozco tambien una señorita enferma de lamparones, à quien tocaron, y bendixeron los dos, sin embargo de lo qual se quedó con su enfermedad, y aun se la fue agravando despues. Esto lo deben estorvar los Magistrados Eclesiásticos, y Seculares: porque si no curan, (como es cierto que no curan) es embuste; y si curan, interviene pacto implícito: siendo claro, que aquella circunstancia no tiene proporcion alguna, para que à ella esté vinculada virtud ninguna curativa, ni natural, ni milagrosa. Y de este sentir son los Teólogos que tocan este punto.

37 Estando para concluir este Discurso vino à visitarme el Padre Maestro Fr. Bernabé de Uceda, de la Religion Seráfica, sugeto à quien profeso singular amor, y veneracion, por su discrecion, sabiduría, y virtud exemplar, cuyos talentos aprovecha mas ha de treinta años, con gran beneficio de este País, en el Apostólico exercicio de Misionero. Como este docto Religioso, à causa de su ministerio, exercitado por tantos años, tiene adquirido un gran conocimiento practico del mundo, quise saber su sentir en orden à los Saludadores. Respondióme abiertamente, que habia conocido à muchos, y todos patarateros. Añadió luego, que Saludadores, y Duendes corrian parejas, porque nunca habia hallado verdad alguna ni en uno, ni en otro, y que de los Energúmenos casi podia decir lo mismo; siendo cierto que para uno que hay verdadero, llegan à millares los fingidos. En el Discurso Quarto de este libro se verá que no hay mas probabilidad en la exîstencia de los Duendes, que en la virtud de los Saludadores.

SECRETOS DE NATURALEZA.

DISCURSO SEGUNDO.

§. I.

1 SON las inscripciones en los libros lo que los semblantes en los hombres: y tanto mienten aquellas como estos. Igual imprudencia es hacer juicio de un libro por el título, que de un hombre por la cara. ¡O quántos arrepentimientos ha habido de emplear el dinero en libros, por la elegante apariencia de las fachadas! Las inscripciones magníficas, por lo comun, son promesas de pretendientes, que niegan en el pecho lo que afirman con la boca: caras afeitadas, que con resplandores mentidos disimulan rústicas facciones: manjares bien pintados, que excitan el apetito por la vista, para burlarle despues en la experiencia: manzanas de Sodoma, cuya hermosura solo está en la corteza, siendo el interior todo ceniza.

2 Pero entre todos los libros de títulos mentirosos, sobresalen aquellos que llaman libros de Secretos de naturaleza. No hay libros mas útiles para el que los hace, ni mas inútiles para el que los compra. Los demás libros son respectivos à determinados genios, estudios, y aplicaciones. Estos à todo el mundo brindan, porque à todo el mundo interesan. Propónense en ellos remedios admirables contra todo género de dolencias: condimentos para hacerse, ò mentirse las mugeres hermosas: los avaros leen arbitrios para adquirir, ò aumentar riquezas: los curiosos invenciones para executar maravillas. No hay pasion, ò apetito para quien no haya su brindis en un libro de Secretos.